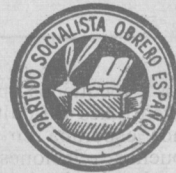


# EL SOCIALISTA



FUNDADOR : PABLO IGLESIAS

Organo del Partido Socialista Obrero Español y Portavoz de la U.G.T. MARZO 1970

## Toda concesión a la dictadura franquista, sobre ser una traición a la Democracia, retrasa la liberación del pueblo español

Desde que los hombres del Opus Dei ocuparon totalmente el Poder, han desplegado una intensa campaña internacional con viajes al extranjero de sus más destacados ministros y a base de una estruendosa publicidad, con propósito de hacer creer que el régimen franquista se había liberalizado. Los ministros opusdeistas, sobre todo el de Asuntos Exteriores, convertido en agente comercial, y presentándose como auténtico tecnócrata deshumanizado, ha estado en Filipinas, Rusia, Italia, El Cairo, Bélgica y Francia, en espera de ir a los Estados Unidos. En cada uno de esos países ha hablado de petróleo, de aviones militares, de armamento, del Mediterráneo, de utillaje, blandiendo siempre el espejuelo de suculentos contratos comerciales. Aunque con todo ello seguramente esperan ablandar a los Estados Unidos para que paguen mejor esa vergüenza nacional que son las Bases estratégicas que tienen en España, lo que en realidad les importa más actualmente, es entrar en Europa por el canal del Mercado Común. Ellos saben que el Acuerdo Comercial Preferencial, todavía en curso de discusión, no favorece sino que perjudica a la economía española. Lo saben, pero, continúan mendigándolo, porque, en el fondo, hay un problema político: la necesidad de poder decir que los Seis países democráticos del Mercado Común aceptan, al fin, admitir en su seno, con todas las limitaciones que se quiera pero admitiéndolo, al régimen franquista, levantando así la hipoteca que todavía pesa sobre el régimen dictatorial del general Franco. Ya lo saben, pues, quienes hipócritamente y para tranquilizar su conciencia, proclaman que el comercio no tiene nada que ver con la política. Son los propios franquistas quienes han hecho y hacen del Acuerdo Comercial Preferencial una operación política. Y por eso insisten en querer hacer creer que el régimen franquista ha dejado de ser dictatorial y que España se ha liberalizado.

Esa afirmación es falsa. Falsa de toda falsedad. El régimen que padecen los españoles sigue siendo dictatorial como antes. Todavía están en vigor las leyes penales, crueles

y vengativas, de la época de la guerra civil; los tribunales de excepción, militares y civiles, siguen actuando y condenando a penas severísimas por los «delitos» de «propaganda ilegal» y de «asociación ilícita» a honrados españoles que se limitan a ejercer actividades reconocidas como lícitas y legales en todos los países democráticos; raro es el día que no se secuestra la edición de algún periódico, o se le imponga una multa, cuando no se destituye a su director; sigue existiendo el Partido único, que ahora se llama Movimiento; sigue existiendo el Sindicato único, oficial, del Movimiento; la huelga sigue siendo delito. ¿Donde está, pues, la liberalización del régimen franquista? Que se lo pregunten a nuestros compañeros encarcelados, procesados y condenados. Que se lo pregunten a los heroicos trabajadores, mineros metalúrgicos y campesinos que, a pesar de todos los pesares, se declaran en huelga. No, el régimen franquista sigue siendo una dictadura. Por eso, toda concesión que se haga, del género que sea, a la dictadura franquista, sobre ser una traición a la Democracia, retrasa la liberación del pueblo español.

El Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores de España se dirigen una vez más a las Organizaciones sindicales, a los Partidos Socialistas, a todos los demócratas, para que con su acción firme y resuelta impidan que se haga concesión alguna al régimen dictatorial franquista. Será una nueva prueba de solidaridad con el pueblo español que lleva treinta años sufriendo y luchando contra la tiranía que no lo olviden, se instaló en España con la ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista.

Febrero de 1970

Las Comisiones Ejecutivas del  
Partido Socialista Obrero Español  
y de la Unión General  
de Trabajadores de España.

## Un Caudillo agradecido

El fallecido diplomático alemán Hans Kroll escribía en sus memorias, publicadas en 1967:

«En los últimos meses del año 1945 crecieron los rumores de que las potencias aliadas vencedoras exigirían del gobierno español la entrega de numerosos súbditos alemanes. Los efectos de dichos rumores sobre los afectados fueron muy variados. Algunos que se sentían muy comprometidos por su posición o sus actividades durante el Tercer Reich, intentaron escapar a

Sudamérica o al Norte de Africa. Otros intentaron esconderse en España. Se dejaron crecer la barba, asumieron nombres falsos o se ofrecieron incluso a los aliados como agentes e informantes. Algunos de los más apasionados nacionalsocialistas, entre ellos también algunos funcionarios de la Embajada, consiguieron incluso hallar cobijo en conventos españoles como hermanos laicos.

Esta actitud me parecía a mí indigna y, en todo caso, estaba decidido a regresar a mi patria, aun corriendo el peligro de ser internado. En mi esposa y en antiguos colaboradores, con contadas excepciones, hallé espontánea aprobación a mis propósitos. Me hubiese sentido cobarde si hubiese esperado de

los «pequeños personajes» de la Embajada que asumieran eventuales dificultades a su regreso — pues era incierto lo que nos esperaba en casa —, mientras que el Jefe, merced a sus buenas relaciones en España, eludía el retorno y se ocultaba en la clandestinidad de algún apartado rincón en la provincia. Tanto por parte de mis amistades españolas como también de destacadas personalidades alemanas en Barcelona era asimismo frecuente oír la opinión de que el general Franco no sería capaz de entregar a sus antiguos amigos y aliados, y aunque sólo fuese por agradecimiento hacia los alemanes por haberle ayudado, a fin de cuentas, a conquistar el poder con su valiosa ayuda militar durante la guerra civil.

Mi buen amigo Correa, gobernador de Cataluña, un político de talla, me declaró en repetidas ocasiones que respondía de mi permanencia, la de mi familia y antiguos colaboradores, en España, hasta que se hubiera aclarado la situación en Alemania. Tenía la impresión de que era sincero. Ningún español, me dijo, podría compaginar con su honor dejar en la estacada en momentos de desgracia a sus viejos amigos alemanes que habían ayudado a su país en horas tan difíciles.»

Confundiendo la España franquista con el pueblo español, el embajador Kroll sigue diciendo:

«No cabe duda que esta manera de pensar era también la del pueblo español. Sin embargo, el general Moscardó, el legendario defensor del Alcázar, con el que me unía una cordial amistad y el cual había estado a menudo en mi casa, incluso después del derrumbamiento de Alemania, parecía ser de otra opinión. O había oído «tocar campanas» en Madrid o conocía a su camarada Franco mejor que Correa. En todo caso, me dió a entender claramente que los alemanes no podíamos esperar permanecer en España por tiempo indefinido... Con todo, hubiésemos podido esperar que las autoridades españolas, por muchas concesiones que tuvieran que hacer a los aliados en la cuestión de su proceder contra los amigos alemanes, observarían aquellas formas que hubiesen correspondido a la colaboración amistosa que se había venido desarrollando hasta entonces, y, especialmente, al tradicional sentimiento nacional del orgullo español. Entonces, los lamentables excesos de órganos subalternos, especialmente de la policía española, que en todo caso invocaba órdenes de arriba, hubieran podido ser evitados...»

\*\*\*

Hans Kroll, no fiándose del «Caudillo amigo», regresó a su país donde fué internado por los aliados y asistió al proceso de Nuremberg, donde quizás echara de menos al buen amigo de El Ferrol. Purgadas sus responsabilidades contraídas por sus servicios al régimen nazi, Kroll pudo después reanudar su carrera política y diplomática dentro de la incipiente C.D.U. Unión Cristiano-Demócrata) y llegó a ser Embajador de Aduana en Moscú.

Las palabras de Hans Kroll, referidas al año 1945 y teñidas de una irónica amargura que sólo la educación diplomática ha podido contener, para no convertirla en iracunda bofetada al perjuro amigo nazi, cobran actualidad, de nuevo, en 1970 para aquellos nazis que «se ocultaron en España, dejándose crecer la barba y adquiriendo nombres falsos». El «agradecimiento» del «caudillo hitleriano» no tiene límites!

Conociendo el curriculum vitae del Caudillo como tenía que conocerlo su camarada Moscardó, «el legendario defensor del Alcázar» (¡y tan legendario!), muy acertado anduvo en aconsejar a Kroll que renunciase a la hospitalidad caudillil. También tiene que conocerlo muy bien el propio cuñado del Generalísimo, el señor Serrano Suñer, otro experto del camuflaje y de la «clandestinidad heroica» aunque sus métodos no consistieron en cambiarse únicamente de nombre, sino incluso de sexo. Serrano Suñer fue uno de los primeros en experimentar el «agradecimiento» de Franco, que se negó a que su cuñado fuera intercambiado cuando éste se hallaba en zona republicana. Recientemente, Serrano Suñer ha explicado esta actitud de su «caudillo» apelando a ese «tradicional sentimiento nacio-

nal del orgullo español» que le hizo rechazar «los ofrecimientos» del Caudillo de salvarle de «las garras de los republicanos», para que nadie dijera después que Franco conocía los favoritismos. Lo cierto es que si Serrano Suñer hubiese vivido entre la «horda roja», (inventada en Salamanca, tomando quizás por ejemplo las morismas y hordas azules del «Caudillo»), y no hubiese contado con la amistad de algunos socialistas, ni hubiera podido disfrazarse de mujeruca para escaparse, ni hubiera llegado a Salamanca, para colaborar en los asesinatos de Franco, ni hubiese sido después ministro pro-nazi de asuntos exteriores, ni tampoco hubiera escrito ahora sus memorias. El impoluto Caudillo hubiera tenido otro mártir en la familia, lo cual habría aumentado el número de adhesiones «a la integridad moral del Generalísimo», que tan estoicamente aceptó también la muerte de su hermano Ramón. El «agradecimiento» del Caudillo es, pues, infinito. Así podría testimoniarlo, si viviese, José Antonio. Así podría certificarlo, si viviese, el general Mola. Así podría certificarlo, si viviese, el general Sanjurjo. Y así lo han podido testimoniar hombres como Manuel Hedilla, fallecido el pasado día cuatro de febrero, el cual, pese a haber enviado ochenta mil voluntarios al frente — ochenta mil borregos con camisa azul y alpargatas para el degolladero de Franco! —, fue «premiado» por su Caudillo con dos penas de muerte. Por entonces, en 1937, Franco ya estaba demostrando su «agradecimiento» a la Falange! La lista de «agradecimientos» del invicto Caudillo sería interminable. Baste con recordar que Francisco Franco y Bahamonde empezó su fatal carrera militar como oficial palaciego de su majestad don Alfonso XIII, lo cual, sin embargo, no le impidió ser uno de los primeros en ponerse a las órdenes de la República, cuando las cosas se pusieron definitivamente mal para el perjuro rey, tan mal qui ni siquiera éste pensó en ahogar a la naciente República en un baño de sangre, como hubiese sido el deseo del militar Franco. Franco nunca pudo perdonar a Alfonso XIII «esta debilidad» que ha venido haciendo objeto a su digno hijo don Juan, eterno Conde de Barcelona, y que quizás venga ahora en el nieto, don Juanito, nombrándole «Rey de España por la gracia de Franco». Franco juró, pues, lealtad a la II República, lo cual no le impidió conspirar desde el principio contra ella para abatirla por los métodos de violencia, que ya tuvo ocasión de practicar en 1934 en Asturias, con motivo de la huelga general durante el fatídico «bienio negro». Cuando la República se percató del descontento de algunos militares, en vez de haberlos eliminado, como hubiera sido lo lógico en un régimen tan «sanguinario» como los historiadores de Caudillo han descrito a nuestra II República, el gobierno republicano se limitó a ofrecer a los descontentos el retiro, percibiendo, sin embargo, su paga íntegra. Franco no fué fusilado, sino trasladado a Canarias, donde tuvo el ocio suficiente para preparar con toda comodidad la sublevación armada contra la República, que con tanta consideración le trataba. Ganada la guerra, Franco se cebó con furia asesina en republicanos que eran conocidos por su bondad y ecuanimidad, como nuestro insigne don Julián Besteiro, al cual certifican hasta las actuales enciclopedias españolas que «con su moderación, consiguió salvar muchas vidas durante la guerra civil». Por lo visto, también don Julián Besteiro se hizo «acreeador» del «agradecimiento» de la hiena de El Ferrol, como nuestro compañero Julián Zugazagoitia, (que dedicó en sus memorias unas páginas a José Antonio, llenas de una objetividad y humanidad como Franco jamás las ha permitido en su «España falangista.») Para asesinar a Zugazagoitia, Franco tuvo que valerse de los corchetes de la Gestapo, quizás los mismos, en 1945, tuvieron que dejarse crecer la barba y refugiarse en los monasterios españoles para escapar del «agradecimiento» de su amigo gallego. Franco también demostró su «agradecimiento» al amigo nazi Hitler dejándole abandonado, cuando éste le necesitaba, y entendiéndose en secreto con los ingleses, según revelara Churchill en sus memorias. En fin, hasta ahora sólo vemos una larga serie de felonías y traiciones, siendo, con mucho, la peor, la perpetrada en 1936 contra el propio pueblo, dando rienda suelta contra él a la barbarie de los moros, los legionarios, los nazis y los fascistas italianos. Y la serie continúa: el program de monárquicos a manos de falangistas fanatizados en 1946 — a raíz de unas declaraciones de don Juan —; posteriormente, la traición a los falangistas a favor de los

monárquicos. En 1969 la traición a los carlistas en favor de los juanistas, y pocos meses después, la traición a los juanistas en favor del principito alumbrado por López Rodó y Carrero Blanco. Y actualmente, la traición a todos: a monárquicos, carlistas, juanistas y falangistas en favor del Opus Dei. Es como la canción esa de «la rana que estaba cantando sentada debajo del agua!»

\*\*\*

Toda la política de Franco, o de quien lo inspire, ha consistido, pues, en traicionar a unos, para salvar el pellejo, acogidos a otros. Así, día llegará en que Franco — si aún vive — traicionará al Pentágono en favor del Kremlin. Los primeros pasos ya se están dando.

El hombre que para pervivir en el poder, necesita de esos sucios trueques no puede ser un amigo seguro. Así lo están comprendiendo ahora, más tardíamente que Hans Kroll, esos huéspedes nazis y facistas del Caudillo, que, mientras que el anticomunismo era todavía una etiqueta de seguridad, han podido disfrutar de un respiro en España, afeitándose las barbas y recobrando sus verdaderos nombres, y llegando incluso a lucir el saludo fascista en público con ocasión de las misas a Adolfo Hitler y Benito Mussolini que, todos los años, han venido celebrándose en Madrid. Pero ahora, las dificultades internacionales de Franco, si bien no las mismas que en 1945, hacen que vuelvan los tiempos negros para los huéspedes fascistas del Generalísimo que de nuevo tendrán que dejarse crecer la barba y refugiarse en los monasterios, si el joven clero antifascista español lo permite en 1970. El «gobierno» opusdeista tiene que acabar con el viejo fascismo para disimular su neofascismo. Ya han caído las camisas azules. Para poder presentar limpias las pecheras de las nuevas camisas blancas, los del Opus con el tático (?) consentimiento de Franco, tienen que deshacerse de ciertos elementos que, en 1945, desoyendo los consejos del ex embajador Kroll y de su buen amigo Moscardó, se empeñaron en permanecer en España por tiempo indefinido.

De momento, le ha tocado el turno al más popular y comprometido, Leon Degrelle, el jefe belga del movimiento nazi-rexista, que tiene la mala suerte de que sea Bruselas (la capital que le reclama para ejecutar en él sentencia de muerte o, por lo menos, de cadena perpetua, por su traición a la patria), la sede del Mercado Común, donde el flamante López Bravo desea introducir ahora la punta del pie. Con la punta de ese mismo pie, Leo Degrelle será enviado a paseo. Efectivamente, por ahí anda ahora Degrelle, a sus 63 años y con su cadena española de lavanderías automáticas, como alma en pena. Ni siquiera se percató del cebo que le tendieron los del «Caudillo» para deshacerse limpiamente de él. Con motivo de la reciente boda de su hija, allá estuvo Degrelle en Madrid rodeado de una selecta sociedad de impenitentes fascistas. Pero no contento con la inoportuna luz que caía sobre su persona, Degrelle picó en el anzuelo y dejó publicar sus Memorias de un Fascista, recogidas con gran profusión de tinta y titulares por el diario «Pueblo». La esperada reacción de Bélgica no se hizo esperar, reclamando la extradición de Degrelle, así como tampoco se hizo esperar la reacción del régimen franquista retirando el asilo político a Leon Degrelle y dictando auto de detención contra él. Puede decirse que el destino de Degrelle se había decidido en Bélgica, el 12 de enero pasado, con motivo de la visita de López Bravo a Bruselas. Pero como Bélgica no sentirá muchas ganas de volver a poner en funcionamiento la guillotina, es posible que los tañados zorros del Opus hayan encontrado la mejor solución para todos: recomendar a Degrelle al nuevo amigo egipcio de López Bravo, Nasser, que anda necesitado de fascistas antisemitas. Una desaparición repentina, una sensacional persecución policiaca... y luego el silencio. Y asunto concluido.

\*\*\*

Predecimos para otros huéspedes del «Generalísimo» tiempos muy movidos, pues Franco y el Opus también necesitan ahora congraciarse con la Unión Soviética y sus «satélites». Más de un croata padecerá ahora de insomnio, y más recordando el misterioso asesinato del «General» a raíz del acuerdo comercial con Yugoslavia. ¡Y su «augusta majestad» don Simeón de Bulgaria ya puede ir haciendo las maletas!

De ahora en adelante, Serrano Suñer, el general Rebull, Pilar Primo de Rivera y demás contertulios de la Peña nazi-fascista madrileña tendrán que celebrar sus misas por Hitler solitos y bien escondidos en el arzobispal palacio de monseñor Morcillo. Quizás también les llegue pronto la hora definitiva a estos domésticos fósiles del fascismo, pero para los nazis de fabricación nacional la «generosidad del caudillo» tiene reservadas otras salidas. Quizás esté todavía disponible el puesto de director general de «Gaseosa La Casera».

Para que luego digan que el Caudillo no es «agradecido».

## ESPAÑOLEAR

La Alegría española es tradicional. Así lo dice ese disco ramplón de uno de los ganapanes del jipío y la guitarra: «Españolear, españolear, es lo que hacen los turistas cuando vienen por acá... porque lo nuestro les da la felicidad!»

Según esas cigarras, financiadas por el ministerio de «Información y Turismo», en nuestro país no existen problemas de salarios, carestía de vida, puestos de trabajo, escasez de vivienda... Los españoles se pasan la vida «españoleando», de juega en juega, ebrios de felicidad, alegría y pitorreo. Y como además, también tenemos el monopolio del sol, nadie nos puede hacer la competencia! Así lo pueden testimoniar esos millares de turistas extranjeros, que invaden nuestro país en todas las estaciones del año, paseando por nuestras playas y ciudades sus orondas barrigas satisfechas, dispuestos a aprender ese nuevo verbo de «españolear.»

No es nuestra intención criticar aquí a esos turistas que buscan en nuestro país unas semanas de *barato* y soleado descanso, tras largos meses de trabajo seguro y bien pagado en sus respectivos países nórdicos. Para no pecar de «envidiosos», no vamos a lamentar el egoísmo de esos «nuevos burgueses», que disfrutan de sus merecidas vacaciones gracias a unos sueldos y salarios que les proporcionan una industria bien desarrollada y unos fuertes sindicatos obreros libres y democráticos, que mantienen la balanza entre la iniciativa privada del capitalista y la necesidad del trabajador de vender su trabajo.

Solamente queremos recordarles a los visitantes extranjeros del «paraíso franquista», así como a los compañeros españoles que irán «de turistas» este verano a España, que hay muchas maneras de «españolear». Mientras que unos «españolean», como Luis Lucena y Manolo Escobar, disfrutando del sol, el vino y las mujeres, muchísimos trabajadores españoles «españolean» a la sombra, en la cárcel, después de sufrir persecuciones, palizas y toda clase de humillaciones e insultos a manos de los esbirros de la policía política de Franco. Esto no les ocurre por ser malos españoles, que no saben cantar ni estar contentos para que los turistas disfruten de la felicidad prometida a cambio de sus divisas, sino por exigir, precisamente, los mismos derechos que permiten a los trabajadores extranjeros ir a España en busca de unas alegres vacaciones. Es decir: por exigir un puesto seguro de trabajo; por reclamar un salario decente y adecuado a las necesidades en una sociedad fuertemente capitalizada, como la española; por exigir mejores servicios de asistencia social, de seguridad e higiene en el trabajo; y, sobre todo, por pedir el derecho inalienable de la libertad de constituir sus propios sindicatos auténticamente representativos, que controlen eficazmente la codicia de los empresarios y su lacayo, el Estado franquista. No hace mucho, el nuevo jerarca «sindical», encargado de reprimir a los obreros españoles, el señorón don Enrique García del Ramal, uno

de los principales capitalistas de nuestro país, llegaba incluso a amenazar con duras sanciones a aquellas empresas privadas que, para evitar las huelgas, subiesen los sueldos y salarios a sus empleados y obreros. Esta descarada forma anti-social y antiobrera de proceder por parte de quien se titula «representante de los trabajadores» en los sindicatos del «Caudillo», es también una forma de «españolear», que deberían tener en cuenta los turistas extranjeros, especialmente aquellos que, en sus respectivos países, desempeñen cargos sindicales. — Otra forma de «españolear» que no tienen en cuenta los «jilgueros» del Régimen, es tener que liar los bártulos y salir de España en busca de trabajo y comida, porque en la «España, Grande y Libre» del generalísimo no hay sitio para todos. «Gran mérito» el de Franco y los suyos! ¡Mientras que medio mundo «españolca» en España, media España «emigrea» en el mundo!

## FRANCO Y LOS JUDIOS

Hace algunos días, la prensa se ha hecho eco del informe publicado en una revista americana por el rabino Chaim Lipschitz, quien exponía los méritos de Franco al salvar durante la guerra mundial a muchos judíos de una muerte segura. Como se sabe, el gran amigo y protector de Franco, Hitler, mostró sus instintos asesinos cebándose en la minoría judía de los países que avasalló.

El rabino Lipschitz ha recordado ahora que Franco salvó de la muerte a un número muy considerable de judíos. Este hecho, que ya se conoce desde hace tiempo, merece toda clase de alabanzas, porque intervenir a favor de las minorías perseguidas es y ha sido siempre un imperativo de humanidad. Por lo tanto, no seremos nosotros quienes le discutamos a Franco los méritos contraídos a este respecto, méritos que en nada disminuyen por el hecho de que también Franco tenga sangre judía en sus venas.

El pueblo español no ha conocido las formas exacerbadas de anti-semitismo que han empañado la historia de otros pueblos. Al contrario, ha repudiado la persecución de que se hacía objeto a los judíos, persecución que explica el respeto con que el rabino Lipschitz registra la excepción que constituye Franco. Sin embargo, a nosotros nos chocan otras cosas en el informe de Lipschitz.

Ahí está en primer lugar el hecho de que Franco, con un simple telefonazo a Hitler, consiguiera que éste dejase en libertad a 1.242 judíos que se hallaban ya en un campo de concentración esperando la muerte. Y cuando estos judíos llegaron a España y le contaron a Franco que habían tenido que dejar todos sus bienes en manos de los nazis, a Franco le bastó otro telefonazo a Hitler para que éste enviara a España los enseres de los 1.242 judíos salvados.

Repetimos que consideramos muy justo y muy loable que Franco, teniendo la posibilidad de hacerlo, salvara a estos hombres y mujeres de las garras de sus arbitrarios verdugos. Pero no podemos por menos de maravillarnos de la influencia que tenía Franco ante Hitler, lo cual sólo es explicable por la gran amistad y la consideración que el asesino Hitler tenía para Franco. Y no creemos que esto sea precisamente una recomendación envidiable.

Por otra parte, hay otro detalle más escalofriante aún y que no conviene olvidar. Los hechos descritos tenían lugar en enero de 1944, en plena guerra mundial y cuando en España se hallaba en su apogeo la persecución de enemigos derrotados en la guerra civil. Hombres cuyo unico delito había sido defender al gobierno legítimo de España contra la insurrección militar y fascista, y que una vez vencidos eran cazados como conejos.

Es un hecho histórico y conocido, aunque sobre ello será más difícil encontrar documentos que sobre el salvamento de judíos, que en nuestra Patria fueron asesinados muchas decenas de

miles de españoles cuando la contienda civil ya había terminado. La venganza de los vencedores siguió durante años, y el socialista que «soló» tuvo que pasar varios años en campos de concentración o en prisiones, casi muriéndose de hambre y tratado como una alimaña despreciable, podía considerarse feliz. La mayoría murieron o fueron fusilados sin juicio previo. Y otros se escondieron y no se han atrevido a salir a la luz pública hasta hace pocos meses, pasados 30 años del final de la guerra.

No es posible ni lícito querer compensar vida con vida, vida salvada con vida sacrificada. En consecuencia, nadie puede extrañarse de que si los judíos señalan con razón las vidas que salvó Franco, los españoles señalemos con igual razón las que sacrificó. En los mismos años en que salvó a 60.000 judíos, Franco permitió que fuesen perseguidos, encarcelados y liquidados un número mucho mayor de españoles. Y mientras telefoneaba un par de veces a su amigo Hitler para sacar de un campo de concentración alemán a un elevado número de personas, impedía por todos los medios que saliesen del cerco a que estaban sometidos los restos de las tropas republicanas que sabían que en caso de rendirse les esperaba la muerte y que por ello prefirieron seguir luchando en las montañas de Asturias, subsistiendo sólo gracias a la ayuda que les dio el pueblo asturiano hasta que en 1948 pudieron salir de España o fueron aniquilados.

La actitud de Franco con los judíos merece todos los respetos. Pero nosotros quisiéramos que hubiese adoptado la misma con los españoles y con su legítimo Gobierno, al que también él había jurado servir, respetar y defender.

Franco no adoptó tal actitud ni la ha adoptado en los 30 años transcurridos desde entonces. Para él, el pueblo español sigue siendo su enemigo al que debe vigilar constantemente, dispuesto a combatirlo de nuevo cuando intente sacudirse su yugo.

Así se desprende del hecho de que el instrumento de poder de Franco, el ejército, se entrene en la lucha de guerrillas. Una vez más, hace escasas semanas, hemos podido leer en la prensa española la noticia de la realización de semejantes ejercicios, que lógicamente sólo pueden ir dirigidos contra supuestas guerrillas formadas por el pueblo. En consecuencia, hay que suponer que Franco y sus hombres siguen considerando probable que el pueblo español salga a la calle para defenderse de la opresión. Franco y sus hombres saben que, después de 30 años de poder ilimitado, no han conseguido granjearse el afecto del pueblo español.

Pero lo más bochornoso es que encima les tomen el pelo a los españoles haciendo proclamar que el pueblo, encantado con los ejercicios cuyo fin es mantener entrenado al ejército para continuar la opresión, no duda en mostrar su entusiasmo y «adhesión». Y así, la noticia referida terminaba diciendo:

«Todo el vecindario colaboró en forma admirable y patriótica con el Ejército y tributó a éste un espontáneo y sincero homenaje de simpatía y cariño».

Ante este alarde de cinismo, no nos cabe más que imaginarnos al pueblo jubiloso saliendo a las calles para recibir con cantos y danzas al glorioso ejército... y suponer que en realidad no era gozo lo que expresaba, sino que sencillamente les hacían zalemas a los generalotes para que no dieran orden de abril el fuego. ¡Cualquiera se fía de semejantes elementos!

Como dato significativo, podemos señalar que en la página anterior del mismo periódico se incluía la noticia de una nueva estafa de una cooperativa de viviendas, esta vez en Bilbao. La suma estafada ascendía a 33 millones de pesetas.

Esta es la realidad de la España de Franco a los 30 años de concluida la matanza de la guerra civil: Por un lado, un ejército que sigue sin recobrar su honor. Y por otro, las cuadrillas de desaprensivos que medran a la sombra del poder ilegalmente establecido para robarle al trabajador lo poco que, con sudor y sangre, consigue ahorrar con la intención de conseguir lo más elemental para el hombre: un hogar propio donde albergar a su familia.

Esta es la otra cara de Franco y su régimen...